



Anastasio G. Saravia

Saravia, Anastasio. (n.d.). *El eclipse en Yerbanís*. Folleto 335, Biblioteca del Instituto de Astronomía, Universidad Nacional Autónoma de México.



Campamento en Yerbanís, septiembre de 1923.

EL ECLIPSE EN YERBANIS.

Por fin consigo verme en camino para aquel Yerbanís, motivo de mis pensamientos desde hace varios meses!

En efecto, desde que por cartas de mi buen amigo Pedro C. Sánchez, el connotado científico mexicano, supe que los astrónomos de Tacubaya elegían Yerbanís como punto de observación para el eclipse del 10 de Septiembre, me hice el propósito firmísimo de presenciar allí el fenómeno.-

Mi interés se avivaba día por día, a causa de que, llevándome las circunstancias a entablar relaciones personales con los observadores, su entusiasmo científico me hacía comprender mejor la importancia del eclipse, sin tiendo nacer en mí aquel con que siempre he acogido cuanto se me presenta de extraordinario. Hablé con Chávez Orozco, hablé con el señor Gallo, ví a Eduardo Gutiérrez; todos iban a Yerbanís; todos tenían todo su interés puesto en aquel punto; mis amigos en Durango no hablaban de otra cosa; se comentaba el estado de los campamentos; se hablaba de la instalación del Doctor Miller, de operadores de compañías cinematográficas; de películas que serían exhibidas en New York treinta y seis horas después del eclipse por medio de su transporte en aeroplano; en fin, cada día oía diversas narraciones que iban agrandando más y más el papel extraordinario que se asignaba a aquel humilde punto que tan familiar me fuera en diversas correrías de mi niñez. Cómo iba a abandonar yo a Yerbanís en día de tanta gloria! Decidido! Allí estaría!

Empecé a pensar en tiendas de campana y menesteres de vida, pues bien sabía que el viejo cuarto que en un tiempo tuviera reservado para mis excursiones a aquella "estancia", se encontraba inhabitable a causa del abandono por años y años.

Fuera de mis atenciones habituales todos mis pensamientos eran para aquella excursión, y cuando ya me encontraba casi al término de mis preparativos, un asunto inesperado me obliga a dejar Durango, rumbo a México, el 5 de Septiembre..... Podéis imaginaros cómo ví derrumbarse todo el castillo de náipes que ya había levantado a mi famoso eclipse! Pero los dioses vinieron a mi auxilio, y llegando a México el día seis en la noche, pude dejarlo nuevamente el ocho en la mañana, corriendo ahora a Yerbanís, sin tiendas de campana ni menesteres de vida, a la buena de Dios, pero con un regocijo inmenso que hace que no sienta el cansancio de tanto correr por la línea del viejo Central.

Mis compañeros de viaje charlan del eclipse; la prensa da detalles sobre el mismo, y yo..... voy viendo al cielo. Nubes y nubes! Si será posible que esto resulte un fracaso y que después de estar todo arruinado por los años estériles resultemos con que no sea posible que deje de nublar por un par de horas! y puede suceder.

Voy ahora cruzando comarcas de ordinario muy secas y veo brillar el agua por todas partes entre los raquíuticos "chaparros" que adornan la llanura. Vuelvo mis ojos al rumbo donde se halla Yerbanís y a pesar de la distancia, aún muy grande, se adivinan los montones y montones de nubes. Qué mal humor tendrán Pedro y el señor Gallo, y todos aquellos astrónomos que hasta ahí han acudido de tantas partes! Quizá nada se observe, pero yo llegaré a tiempo y habré sido tan formal para la cita como lo son los tres protagonistas del suceso celeste. Casi es cuestión de amor propio, pues sé de un buen amigo que al saber que partía para México, resolvió preguntarme al cruzarme con él, que ya venía hacia el Norte. ¿Ya vas para el eclipse? Más no me preguntó, quizá porque apenas pudimos divisarnos de tren a tren. He resistido a la tentación de enviar un telegrama, y esta noche le he de dar un abrazo en Yerbanís para que vea que soy hombre que cumplo mi palabra.... En Yerbanís nos vemos..... Y nos veremos en Yerbanís aunque para éllo haya tenido casi que establecerme a bordo del "Matamoros", carrito Pullman que me ha llevado y vuelto a traer.

Para mayor ansiedad una fuerte lluvia azota los cristales de las ventanillas y siento que la observación del eclipse peligra seriamente. Sigue la lluvia y siguen amontonándose las nubes, por todas partes, pero poco tiempo después, al seguir internándose el tren hacia el Norte, al mismo tiempo que vemos el río Aguanaval y los primeros algodinales, miro brillar el sol y grandes trazos de cielo azul. Adelante! Cobro ánimo y empiezo a pensar que el viejo Yerbanís mostrará un cielo complaciente a los abnegados astrónomos y a todos los curiosos que allí nos congreguemos.

Llegamos a Picardías y mi estrella se oscurece de un modo formidable. Nos anuncian deslaves en la vía y que, en consecuencia, el tren no sigue. Y mi tren para Yerbanís que partirá dentro de dos horas! Recorrer más de dos mil kilómetros para llegar tarde y faltar a mi cita con el sol y la luna! Es una idea abominable, pero a la que tengo que rendirme, pues, francamente, sin el auxilio del tren no sé como podré llegar al final de mi etapa.

Por fin me dicen que el tren seguirá. Vuelvo a bordo y echamos a andar con la perspectiva de próxima detención. Paciencia! y ver si la suerte solo quiere probarme para al fin protegerme.

A 32 kilómetros de Torreón y aún no nos detenemos! Voy ganando esta partida.

Solo 20 kilómetros! Diviso en este momento la Metalúrgica de Torreón. Creo que me he salvado y alcanzaré mi tren. Qué descanso he sentido!..... Ahora el agua corre a ambos lados de la vía y con ansiedad contamos los postes kilométricos. Cada uno que pasa es una dificultad vencida. Faltan 15! ... Faltan 12!..... La Perla!..... A ver qué hay; qué noticias se tienen.....

Que nos detenemos a dar paso a un tren de excursionistas de Los Angeles.

Un momento después cruza una máquina sola. Bienvenida! La vía está libre!

Pasan unos minutos y avistamos un tren. Llega éste y en cada carro aparecen los dientes blanquísimos de un "porter" negro que nos saluda con su mejor sonrisa. Carteles en los carros nos anuncian la excursión organizada por The Chamber of Commerce of Los Angeles. Grupos de excursionistas saludan en las plataformas..... Hurrah por Los Angeles! Adelante!

Minutos después continuaba nuestro tren, y tras de nuevas alarmas porque el tren americano, demasiado pesado, había dejado desarreglada nuestra vía, entramos a Torreón, donde con gusto inmenso, ví el tren para Durango, dispuesto a partir.

Cambio de carro en un momento y el tren arranca. No pude, pues, comer, pero, qué importa! llegaré a Yerbanís.

Pasan unas cuantas horas y veo a lo lejos, en Pasaje, las carpas de Lúndendorff señaladas por la bandera alemana. Me acerco ya al eclipse!

Poco después el garrotero anuncia: Yerbanís!!..... y en ese punto, siempre solitario, miro un inusitado movimiento. Una serie de carpas demuestran la existencia de una población de momento; puestos de fruta, cabarets en que ofrecen cerveza, refrescos, etc. Salto del tren, feliz, y encuentro a Eduardo Gutiérrez que, amabilísimo, me ofrece alojamiento..... como se pueda.

Echamos a andar por entre un mundo de soldados que aumentan la población de aquel lugar y a unos cuantos pasos diviso el campamento americano donde se destaca una gran torre que, según supe después, encerraba magnífica cámara fotográfica. A su lado, y bien cerca, otro grupo de carpas señaló el campamento mexicano. Llegamos y allí encuentro al señor Gallo, rey y señor de aquel pequeño mundo que tiene por ahora importancia tan grande. Ahí está también Toño Gómez Palacio, el buen amigo que se burlaba de mi viaje a México. Lo encontré allí, feliz porque ya le habían dado comisión que desempeñar en los momentos solemnes. Los astrónomos van y vienen preparando sus instrumentos para las últimas Pruebas.-

Pedro no estaba; se quedó en Ensenada.....

Poco después y bajo la dirección del señor Gallo cada uno se instalaba.

Junto a la gran cubierta que protege las cámaras, instala Eduardo, sobre una silla de campo, un soberbio conómetro, a su derecha coloca una caja, empu

Ha un martillo y enciende una luz roja. Gómez Palacio, a su lado, saca un cuaderno de notas. Los operadores, dentro de la cubierta de las cámaras, esperan. Ordena el señor Gallo: Falta un minuto! Todos están pendientes... Medio minuto! Atención! Suena un silbato y comienzan los golpes del martillo, uno cada segundo..... todos trabajan!!..... Treinta!..... Un minuto!..... Minuto y medio!..... Se oyen de vez en cuando los chasquidos que anuncian el cierre de los chassises. Gómez Palacio apunta el tiempo. Eduardo, imperturbable, golpea con el martillo sin apartar la vista del cronómetro. Tres minutos!..... Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve..... Ya!..... ¿Dificultades? pregunta el señor Gallo.

Todo está bien, maestro, contestan de la cámara.

One, two, three, four, five..... se escucha en el campamento americano. Trabajan también!.....

Yo, encantado, casi no sé ni respirar por no perder detalle de todo aquello que antójaseme solemne.

A cenar! Es la voz alegre del señor Gallo que nos reúne en su carpa; y va la alegre cena, salpicada de chistes y donde reina un humor envidiable.

A trabajar después.

Se alejan los astrónomos, y nosotros, los desocupados, oímos en una carpa, en la carpa del radio, un concierto de Dallas.

A prepararnos para dormir, si es que lo logro sintiendo dentro de mí esa ansiedad que llega al esperarse lo grande, al esperarse lo inmenso, y para mí hasta hoy, desconocido. Dios nos dé cielo sin nubes! es mi último pensamiento de esta noche.

Al despertar a las alegres diarías de los soldados que guarnecen el lugar mi primera mirada, por la puerta abierta de la carpa de Eduardo, es para el cielo, y con júbilo indecible alcanzo a ver trozos de cielo azul, temuemente velados, en parte, por mubecillas que parecen dispuestas a desvanecerse con las primeras horas de sol.

Tras del almuerzo estamos de nuevo en el campamento mientras llegan unos cuantos visitantes y se nos anuncia que viene de Durango un tren extra con más de mil personas.

Nerviosísimo abandono ya mis cuartillas para asistir a los preparativos para la observación, pues ya desde mi tienda veo al señor Gallo dando disposiciones y los jóvenes ingenieros se ven ya corriendo a un lado y a otro con esa cierta nerviosidad que precede a los grandes momentos.

Los aparatos han sido descubiertos; los operadores los revisan cuidadosamente. Segura, subido en lo alto de un cajón, listo para hacer el cambio de las placas en la gran cámara, afirma su lámpara para trabajar con eficacia en los momentos de obscuridad. Todos se preparan, mientras que una gruesa nube viene extendiéndose por el cielo causándonos la consiguiente inquietud; y en efecto, momentos después, desátase violenta lluvia, y los astrónomos, sin cuidarse de ella, sin siquiera buscar sus impermeables, acuden al momento a cubrir sus aparatos y solo cuando todos están ya protegidos, se refugian en las tiendas donde escribo estos apuntes acompañado del ruido que hace sobre las lonas un formidable aguacero.

Aún no son las nueve; quizá el tiempo varíe; si no, qué decepción más grande!

Son cerca de las diez; la lluvia ha cesado pero continúan grandes nubladps. Abandono mi tienda y, a un lado del campamento, diviso al Ingeniero Sandoval, impassible, envuelto en su capote, siempre al lado de sus aparatos para observaciones magnéticas, aparatos que no he podido ver porque para acercarme me sería necesario no llevar sobre mí ningún objeto metálico, y, la verdad, no estoy seguro de no traer alguno que pueda perturbar las indicaciones de su instrumento. De mi misma manera parecen pensar los demás habitantes del campamento y así el señor Sandoval, siempre solo, no abandona un momento su pequeña instalación donde está convertido en una especie de anacoreta de la ciencia.

Entretanto en la tienda en que se halla el aparato del radio, se congregan el señor Gallo, Eduardo Gutiérrez y el Ingeniero Prieto para esperar la hora que indicarán de Annapolis. Con cierta anticipación comienzan las señales, y los tres ingenieros, con la mirada fija en el cronómetro, van haciendo las anotaciones respectivas, mientras penetran a la tienda varios astrónomos del campamento americano que llegan a tiempo para oír la señal de las diez. Seguimos viendo al cielo y esperando.....

Poco a poco empieza a descubrirse una faja de cielo. Entre las muchas nubes sigue abriéndose paso aquella banda azul. Empezamos a confiar y a sentirnos alegres.....

Se oye un fuerte silbato y gallardo se adelanta el tren de los duranguenses. Son más de mil los que descienden de los carros e instantáneamente se esparraman por la campiña cercana al campamento llenándola de movimiento y alegría. Una línea de soldados, inmóviles, señala el límite a donde pueden llegar los excursionistas sin poner en peligro la paz del campamento.

Pasa un poco de tiempo, y otro silbato, al rumbo opuesto, anuncia la llegada del tren de excursionistas de Torreón. Las locomotoras, cumplida su misión de aquel momento, prepáranse para alejarse adonde el ruido de sus golpes de vapor no pueda ser oído de los operadores.

Suena el silbato del señor Gallo: Lunch! Lunch!..... Nos reunimos en su carpa y, gravemente, nos dice: Señores, a almorzar; pero hoy, con prohibición estricta, ni una gota de alcohol.

Almorzamos, poseídos ya de un tanto de cierta nerviosidad, y afuera de nuevo! El eclipse se acerca y hay que estar preparados.

Colócanse en sus soportes los espejos que deben recibir la luz del astro rey: afócanse las cámaras; se oye el leve chirriar de las relojerías..... La figura de Gallo, del maestro, se agranda por momentos; en todo está, nada olvida, a todo acude. Los ingenieros, como obedientes a una sola voluntad, a un propósito solo, responden eficaces a toda indicación, a todos sus deseos. Va a haber que trabajar pronto..... muy pronto!

Telas negras!..... Y rápidamente son cortadas y repartidas las telas negras que van a proteger a los chasis de las placas.

¿Todos tienen lámparas?..... ¿No falta nada?.....

Nada, maestro, todo está bien.

El señor Alva, afanoso, no se separa ya un instante de su gran cámara cinematográfica, lista para empezar a trabajar.

Eduardo, con la vista fija en el cronómetro, espera.....

!!!Atención!!! Faltan cinco minutos!..... Ni una palabra!..... Solo se escucha el chasquido del péndulo.....

!!Top!! Vibra violenta la voz del señor Gallo, y Eduardo, rápidamente, dicta unas cifras que anota Gómez Palacio.

Yo, cerca de la cámara que se me ha confiado, siento correr por mi cuerpo un leve escalofrío..... Ha comenzado el eclipse!

¡Asómate, me dice José Bracho, y por el buscador de su aparato miro la negra mordida que la luna da al sol..... A la derecha, tendida, una blanca pantalla espera el paso de las sombras volantes que han de cruzar antes que el sol se eclipse totalmente.

¡Chasis! Vuelve a ordenar el señor Gallo, y todos acudimos a recibir las placas de que seremos responsables. Los jóvenes operadores toman confiados las suyas, y yo, intranquilo, me hago explicar la operación sencillísima de correr una tapa. Es tan sencillo que no podrá haber disculpa si lo hago mal.

Casi con veneración recibo mis tres placas y me retiro a una sombra. Que Dios las proteja y no vaya yo, por ansiedad o torpeza, a echarlas a perder.

Toño Villaseñor, mi compañero, limpia a ciencia sus dos pantallas, verde y azul, y mutuamente nos repetimos aquellas instrucciones tan concisas,-

La primera placa, con luz verde, sesenta segundos; la segunda sin pantalla, cuarenta segundos; la tercera, con la pantalla azul, sesenta segundos. ¡No lo vamos a olvidar!

Y después de repetírnoslo, una, dos, y tres veces, anotamos, como hombres de orden, aquellas cuantas palabras en un papel. ¡Qué ajenos estábamos en nuestra calidad de espectadores pacíficos e ignorantes a vernos mezclados en aquella observación importantísima! Pero cualquiera dice que no al señor Gallo cuando él quiere una cosa!..... ¡A fotografiar el sol..... como podamos!

¡Todo el mundo a su puesto! y el señor Gallo, con mirada vivísima, abarca de una ojeada todos los instrumentos.

!!!Atención!!! Faltan quince minutos!.....

Nadie se mueve, y casi puede decirse que estamos sin respirar.

¡No falta algo?.....!No falta aalooo? vuelve a gritar el señor Gallo con voz que indica que no aceptará después excusa alguna si algo faltó después de aquella enérgica advertencia. Es una voz de mando y de angustia, es una voz que dice: miren que si hay descuido, que si falta algo, ustedes estropean algo en que yo pongo ahorita toda mi vida..... Yo, casi temblando, miro mis dos chassises; están cabales! Es todo lo que tengo.....!ah!, y ahí, enfrente, Toño Villaseñor tiene sus dos plaquitas.....

¿No falta algo?.

¡Nada! Maestro! contesta desde las cámaras la voz serena de uno de los operadores.

Esa serenidad me hace bien, y siento firmeza y seguridad que descansa en los jóvenes que allí trabajan. ¡No va aquello a fallar! Todo va bien!

!!!Atención!!!.....!Faltan diez minutos!..... Faltan cinco minutos!.....

Como un rápido crepúsculo miro disminuyendo la luz solar, y hay una fuerza extraña que parece oprimirme la garganta.....

!Falta un minuto!.....

La tensión nerviosa es formidable y miro a Eduardo con el martillo en alto y la mirada fija en el cronómetro.....

!!!Top!!! Siento como si recibiera un choque en el cráneo y al mismo tiempo jalo la tapa del chasis.....

!Uno! dos! tres! cuatro! cuenta Eduardo y golpea con su martillo.

!Chis!.....!Chas!..... se oye sonar al correr las cortinas de las placas.... !veinticinco!, !veintiseis!, !veintisiete! !Pum!... Pum! Pum!..... Envuelto en aquella oscuridad que parece que la naturaleza está muriendo, que hay un gran duelo, alzo un momento la vista y busco el sol..... !No hay ahí nada! Una corona --- blanquiza y brillantísima que parece envolverlo con una luz funeral fascinadora.!Chis!....!chas!.... siguen sonando las placas.....!cincuenta y cinco! - !cincuenta y seis! sigue la voz de Eduardo en las tinieblas.

Otra mirada arriba.... Otra vez la luz blanca de la corona y ahí, cerca, una estrella brillantísima. Debe ser Venus, pienso, mientras que rítmicamente, mecánicamente, con voz que yo solo oigo, voy contando: !treinta y uno! treinta y dos! - mientras suenan los golpes del martillo..... Cierro el chasis. !Ya están dos --- placas! y mientras rápidamente coloco la tercera, !uno! dos! Otra vez.... y me parece mirar aún más brillante aquella circular de radiación magnífica..... A mi derecha escucho el ruido ligerísimo de la cámara de Alva; allá, en la muchedumbre, oigo como entre sueños muchos gritos; pigo sonar clarines..... Se adivina que flota un ambiente de emoción extraordinaria.

Pum!Pum!Pum!..... sigue el martillo impasible e impasible también el chas--- quear intermitente y rápido de un chasis que se cierra.....!cincuenta y ocho! cincuenta y nueve!..... Cierro mi placa.....

!!!Top!!! He ahí la luz! el grito prolongado suena en la muchedumbre..... Ha vuelto nuestro sol! Como si solo su primer rayo hubiera sabido de un solo zarpa---zo echar a un lado, de un golpe, la oscuridad!

El señor Gallo, anhelante, nada dice..... Los operadores salen pálidos de emoción y hablan de sus placas logradas..... Yo, ya envueltos mis chassises en -

sus telas de luto, siento deseos de romper a llorar. Mi garganta está seca, mis ojos húmedos, y la respiración me falta como si hubiese dado una larga carrera.

Miro al maestro Gallo, que triunfante, grita a los que están cerca: - ahí - tenéis cómo se ha realizado el eclipse predicho para el 10 de Septiembre de 1923!. Después, agotado, siéntase sobre el suelo y en sus ojos se vé el júbilo de lo hecho, la dificultad vencida, la observación lograda..... Viva el Maestro!

Piden noticias de Tacubaya, - dice uno de los ingenieros saliendo de la estación inalámbrica.

Telegrafien "Eclipse observado satisfactoriamente. Pocas nubes".....

!Lo ha dicho! Aquella expedición no ha sido inútil; los sacrificios tuvieron su corona..... !Bendito sea Dios!.....

Y entonces vino a mí la tristeza de haber visto marcharse lo que no volverá, Dejé mis placas en el cuarto oscuro, y al despedirme de aquellos compañeros de unas horas, sentí que había dejado entre sus tiendas algo que quizá nunca volvería ya a encontrar: una emoción intensísima ante aquel cuadro de la naturaleza, - que había agotado mis nervios hasta un grado indecible..... Nunca lo olvidaré!

ATANASIO G. SARAVIA.-